




MEMORIAS

ENCUENTRO MAESTRÍA ARTESANAL EN CESTERÍA DE BOYACÁ

2025

7 Y 8 NOVIEMBRE | ZETAQUIRA





Memorias
Encuentro Maestría Artesanal en Cestería de Boyacá
Zetaquira – Boyacá
7 y 8 de noviembre de 2025

Equipo Asociación Cultural EcoZetaquira:

Coordinación del Encuentro:

Joana Milena Arias Mendoza
Coordinadora general
María Isabel Lanza Rodríguez
Formuladora del proyecto

Natty Barajas Bohórquez
Juan Gabriel Concha Beltrán
Carol Andrea Ruiz Barajas

Apoyo logístico:

Yeison Suárez Pérez
Silvia Victoria Espinosa Arias
Elver Orlando Orduña Soler
Edgar Francisco Hernández
Marisol Barajas Bohórquez
Marcela Castillo
Yiber Oswaldo Páez
Esclavación Romero
José Tobías Moreno
María Eugenia Rosas
María Rosa Sánchez
Ester Castelblanco Cruz
Hernestina Castelblanco Galindo

Registro Audiovisual:

Ximena Concha Beltrán
Carlos Alfredo Juez Lanza

Preparación y diseño de memorias:

Carol Andrea Ruiz Barajas
Editora académica

Revisión de textos:

María Isabel Lanza Rodríguez
Joana Milena Arias Mendoza
Natty Barajas Bohórquez

Preparación editorial:

“Grupo de Investigación Tejiendo
Sostenibilidad en el Territorio”
Asociación Cultural Ecozetaquira

ISSN: 3115-1043 (En línea)

Grupo de Investigación Tejiendo
Sostenibilidad en el Territorio
© 2025 Asociación Cultural Ecozetaquira
© 2025 Autores

Todos los documentos publicados en estas
memorias se distribuyen bajo una Licencia
Creative Commons Atribución No Comercial
4.0 Internacional.

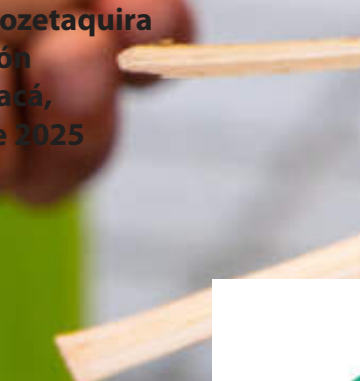
Cite este documento así:
Ruiz-Barajas, C. (Ed.) (2025). Memorias
Encuentro Maestría Artesanal en Cestería de
Boyacá. Zetaquira. Asociación Cultural
Ecozetaquira.

**“Grupo de Investigación Tejiendo
Sostenibilidad en el Territorio”**

Asociación Cultural Ecozetaquira

Primera edición

**Zetaquira, Boyacá,
1 de diciembre de 2025**







CONTENIDO

Presentación.....	5
Prólogo.....	6
Paisaje de los saberes artesanales de la cestería en Boyacá	8
Taller cestería al parque.....	18
Conversatorio con maestras artesanas..	22
Concurso a la maestría artesanal.....	32
Recorrido por el Museo Vivo Itinerante de la Gaita	35
Sabor y saber para compartir	38
Reflexiones finales	39

PRESENTACIÓN

El Encuentro “Maestría Artesanal en Cestería de Boyacá”, creado por la Asociación Cultural Ecozetaquira, es un homenaje al oficio de la cestería, al territorio y a las manos que transforman las fibras naturales en arte y memoria. Este encuentro nace de la necesidad de generar espacios que visibilicen a las personas portadoras de esta tradición, quienes por largos años y generaciones han elaborado canastos con fibras naturales presentes en Boyacá. Asimismo, busca impulsar el uso de los canastos como alternativa a los elementos plásticos de un solo uso.

La idea nació en 2022, en el marco de la celebración de los 15 años de la Asociación y las fiestas de fin de año del municipio. Allí surgió el concurso “Maestría Artesanal en Cestería de Lengupá”, en el que participaron 19 artesanos —en su mayoría mujeres de Zetaquira, Miraflores y Rondón— quienes presentaron un canasto elaborado por ellas y recibieron reconocimiento a los primeros lugares. A partir de esa experiencia nace el primer Encuentro “Maestría Artesanal en Cestería de Boyacá”, desarrollado durante dos días, 7 y 8 de noviembre, convirtiendo a Zetaquira en el escenario del reencuentro entre generaciones, fibras, formas y comunidades que mantienen viva una de las tradiciones más significativas del patrimonio artesanal boyacense: la cestería.

Este evento fue posible gracias a que resultó ganador en la Convocatoria de Concertación Cultural “Territorios Culturales” 2025 de la Secretaría de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Boyacá. Gracias a estos recursos fue posible realizar el encuentro en condiciones dignas para los artesanos y artesanas, facilitando su participación mediante un estímulo que incluyó alojamiento, alimentación, materiales y premiación a los tres primeros puestos del concurso. Cabe destacar que la logística fue

liderada por integrantes de la Asociación Cultural Ecozetaquira, encargados de la alimentación, alojamientos, organización, fotografía y construcción de los premios.

El evento también contó con el apoyo de la Alcaldía Municipal de Zetaquira y de la Biblioteca Pública Municipal Beatriz Quevedo Patarroyo, en el marco de su aniversario. Asimismo, se articuló con el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación a través del proyecto “Paisaje de los saberes bioculturales asociados a prácticas artesanales en el sur de Boyacá. Estrategias de cocreación de valor para la apropiación social del conocimiento y el uso sostenible de la biodiversidad”, desde donde se financiaron algunas actividades y se apoyó la diagramación, diseño y realización de estas memorias.

OBJETIVOS

Visibilizar y fortalecer la cestería como patrimonio cultural y artesanal de Boyacá.

Promover la transmisión de conocimientos entre maestras artesanas y nuevas generaciones.

Reconocer la trayectoria y el talento de artesanas y artesanos que han dedicado su vida al oficio.

Generar espacios de intercambio y creación colectiva entre el público, los artesanos y la comunidad.

Impulsar la valoración y el uso de los canastos como alternativa sostenible a los plásticos de un solo uso.



PRÓLOGO

El arte que se lleva en el corazón

“Hoy quiero agradecer desde el corazón esta invitación tan especial. Quiero contarles que venimos de la vereda La Quinta, km 18 vía Duitama–Charalá, tierra donde las manos aprendieron mirando cómo la fibra se volvía forma, y cómo la forma se volvía historia.

Nos dicen ‘maestras’, pero yo digo que la verdadera maestra es mi mamá María Otilia. Ella es la que ha tejido el tiempo entre sus dedos, ella es la que lleva ese canasto que no es solamente un canasto: es un universo pequeño lleno de paciencia, de amor y de memoria.

Cada una de nosotras también carga un relato: el de la mujer que aprende, que mira, que siente, que intenta; el de la que se emociona con algo tan sencillo como un hilo que se convierte en belleza.

Por eso este encuentro es tan grande, porque aquí no solo se demuestra la técnica: aquí se honra el corazón. Hoy me llevo la certeza de que sí vale la pena seguir el legado, vale la pena sostener entre las manos el amor hecho oficio”.

*Eliana Florelia Cucunubá González,
artesana de Duitama*

“EL CÍRCULO DE LA VIDA ES UN
CANASTO, ES NUESTRA VIDA, LA
ROTACIÓN DE LA TIERRA.”

Maestra Artesana Magdalena Aponte



PAISAJE DE LOS SABERES ARTESANALES DE LA CESTERÍA EN BOYACÁ

Cuando pensamos en paisaje, quizá la primera idea que se viene a la cabeza es la de una escena quieta, inmóvil. Sin embargo, pocas veces sentimos que un paisaje no solo se observa: también lo habitamos y somos parte de él. Con nuestros quehaceres, el paisaje se va transformando; es el resultado de temporalidades que no son tan lineales como creemos, y que nos recuerdan que el pasado es lo más presente en nuestro presente. Lo que hicieron nuestros padres, y los padres de ellos, se manifiesta aquí, en el ahora del lugar que habitamos.

El paisaje nos muestra lo que hemos cambiado, tanto para nuestro bienestar como aquello que hemos destruido. Al ser conscientes de que habitamos y configuramos un paisaje, volvemos a conectarnos con las geografías de las que hacemos parte. Es entonces cuando podemos preguntarnos: ¿podemos avanzar mirando la memoria?

La cestería, como arte milenario, representa muy bien lo que es un paisaje, y un canasto es una metáfora hermosa para explicar la vida. La maestra artesana Magdalena Aponte dice: *"El círculo de la vida es un canasto, es nuestra vida, la rotación de la tierra."* El canasto es un contenedor de vida, de alimento y de memoria.

A través del proceso de Ecozetaquira en el que hemos investigado, caminado, conversado y hecho muchos canastos, hemos aprendido que todos somos parte de un gran tejido. El Museo Vivo Itinerante de la Gaita es una representación de esas relaciones que nos conectan y dan vida al oficio de hacer canastos con gaita: con el páramo, los osos de anteojos, los antepasados indígenas, los caminos, las casas de las artesanas, las manos, las personas.

Por eso, en este paisaje, todos esos elementos son los armantes; no tendrían sentido si no estuvieran tejidos por la urdidiera. Y la urdidiera: esa gran fibra que enlaza y sostiene, son los saberes: conocimientos que no pertenecen solo a los seres humanos, sino que emergen del diálogo con los ecosistemas. Muchas artesanas y artesanos nombran ese conocimiento como *un don de Dios*, expresión que da cuenta de una dimensión espiritual que estructura su relación con el oficio y con el territorio.

Reconocer este paisaje es reconocer que el oficio nace del territorio, lo cuida y le da sentido. Gisbert-Alemaný (2018)¹ plantea que *"el paisaje no es un fondo para la vida: si quitaran los hilos, no habría nada."* Cada pieza es un mapa: habla de un lugar, de una montaña, de un páramo, de una historia y de un corazón que teje.

A continuación, los artesanos y territorios que hicieron parte de este encuentro. y que nos van dando una idea de este paisaje de los saberes artesanales de la cestería en Boyacá.

¹Gisbert-Alemaný, E. (2018). El paisaje es quehacer. La creatividad sostenible de las prácticas éticas y afirmativas. *Feminismo/s*, 32. <https://doi.org/10.14198/fem.2018.32.06>



2. Briceño

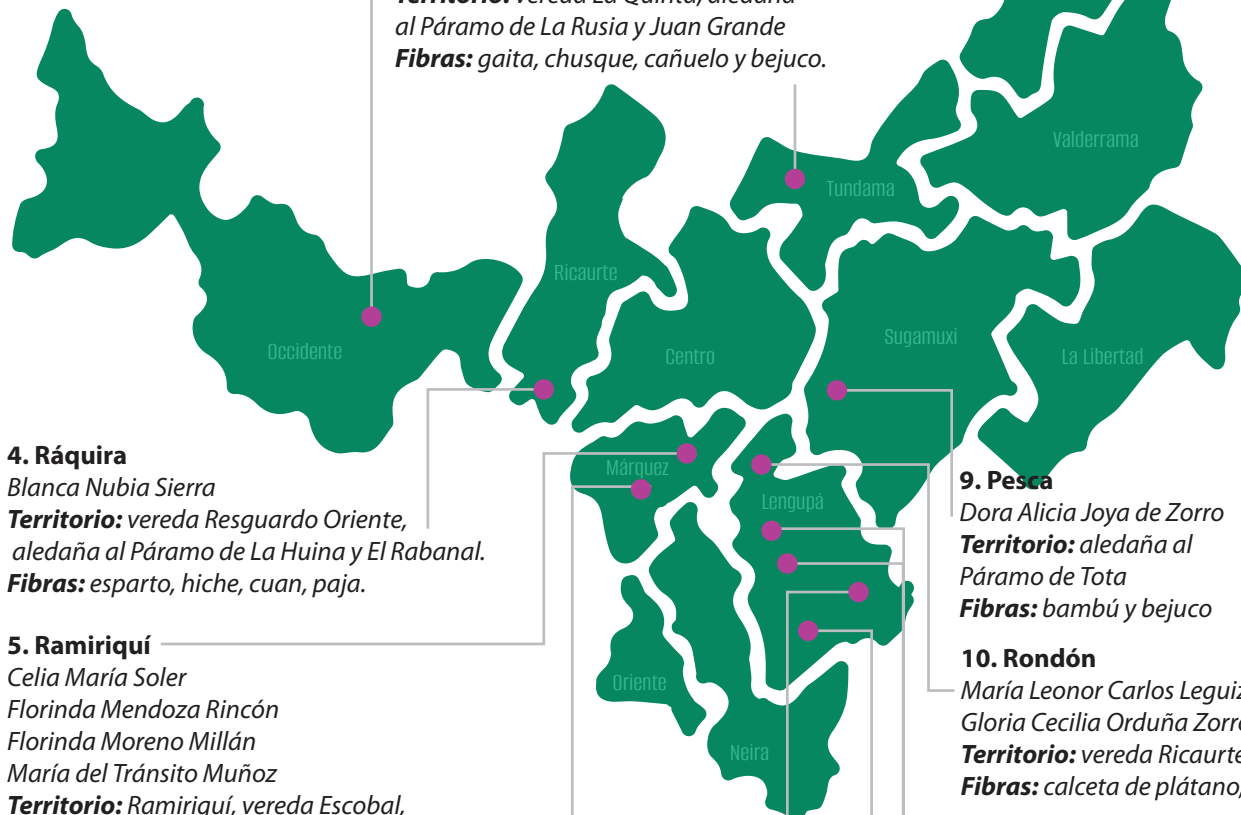
Luz Marina Umaña Santana
Territorio: vereda Minacha, reserva natural.
Fibras: fique, lana.

3. Duitama

Eliana Florelia Cucunubá González
María Ligia Gonzales Pineda
Ana Luz Mery Castiblanco Becerra
Territorio: vereda La Quinta, aledaña al Páramo de La Rusia y Juan Grande
Fibras: gaita, chusque, cañuelo y bejuco.

1. Guacamayas

Pia del Carmen González García
Territorio: vereda Chiveche, cerca al páramo.
Fibras: paja y fique.



4. Ráquira

Blanca Nubia Sierra
Territorio: vereda Resguardo Oriente, aledaña al Páramo de La Huina y El Rabanal.
Fibras: esparto, hiche, cuan, paja.

5. Ramiriquí

Celia María Soler
Florinda Mendoza Rincón
Florinda Moreno Millán
María del Tránsito Muñoz
Territorio: Ramiriquí, vereda Escobal, aledaña al Páramo de Mamapacha y Bijagual.
Fibras: fique, gaita, chusque.

6. Tibaná

Magdalena Aponte Gutierrez
Territorio: aledaña al Páramo de Mamapacha y Bijagual.
Fibras: fique, paja blanca, gaita, chusque.

7. San Eduardo

Rosa Acevedo de Martínez
Mirta Martínez
Territorio: San Eduardo, vereda la Libertad
Fibras: bejuco, gaita y gaque

8. Campohermoso

María Reina Martínez Forero
Territorio: sector Olla Grande, vereda Los Cedros
Fibras: chusque, vijao, distintas clases de bejuco y bambú

9. Pesca

Dora Alicia Joya de Zorro
Territorio: aledaña al Páramo de Tota
Fibras: bambú y bejuco

10. Rondón

María Leonor Carlos Leguizamón
Gloria Cecilia Orduña Zorro
Territorio: vereda Ricaurte
Fibras: calceta de plátano, fique, lana, gaita

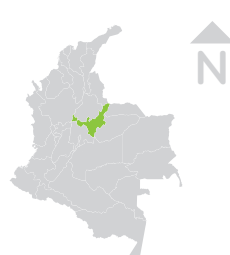
11. Miraflores

Edilson Suárez Ramírez
Territorio: Miraflores
Fibras: bambú, chusque, guadua.

12. Zetaquirá

María Rosa Sánchez
Graciolina Soler Alarcón
Blanca Susana Bohórquez Páez
Hernestina Castelblanco Galindo
María Eugenia Rosas Caro
María Esther Castelblanco Cruz
Sara María Salinas Vallecillas
Esclavación Romero y José Tobías Moreno
María Adelaida Ibáñez

Territorio: vereda Guanatá, aledaña al Páramo de Mamapacha y Bijagual.
Fibras: gaita, chusque, bejuco, cañuela.





1. Guacamayas

Pia del Carmen González García

Territorio: vereda Chiveche, cerca al páramo.
Fibras: paja y fique.

Con más de 40 años de experiencia en la técnica de cestería en rollo, ha vivido los cambios de la artesanía en Guacamayas y cómo, con el esfuerzo de los artesanos y el apoyo de instituciones como Artesanías de Colombia y el SENA, este oficio se ha posicionado. Se han consolidado cooperativas y asociaciones en las que más de 400 artesanos han encontrado un proyecto de vida y sustento económico. Es integrante de la Red Convite Provincial y participa activamente en actividades culturales y artesanales de Guacamayas.



2. Briceño

Luz Marina Umaña Santana

Territorio: vereda Minacha, reserva natural.
Fibras: fique, lana.

Su primer acercamiento al tejido ocurrió en la escuela primaria; luego reforzó sus conocimientos mirando. Le gusta tejer tapetes, bolsos, lámparas e individuales. Creó su propia marca llamada Tejimar y realiza sus productos por pedido. Se siente muy orgullosa de que, gracias a sus creaciones, ha podido salir adelante y brindarle la universidad a su hija. Sabe que mientras sus manos tengan la capacidad de crear, no le faltará nada; por eso es optimista frente al futuro de esta tradición.



3. Duitama

Eliana Florelia Cucunubá González

Territorio: vereda La Quinta, aledaña al Páramo de La Rusia.
Fibras: gaita, chusque, cañuelo y bejuco.

A Eliana le enseñó el arte de la cestería su mamá, desde muy pequeña. Lo primero que aprendió fue a tejer. Considera que antiguamente se elaboraban más canastos, pero que ahora, aunque ha disminuido el número de artesanos, ha mejorado el valor de venta. Su casa está llena de canastos; allí arregla su gaita y su varilla. Cuando llueve, teje. Para ella es fundamental mantener estas tradiciones y fortalecer el vínculo con las instituciones del gobierno.



3. Duitama

María Ligia Gonzales Pineda

Territorio: vereda La Quinta, aledaña al Páramo de La Rusia.
Fibras: gaita, chusque, cañuelo y bejuco.

Creció muy cerca al páramo, de donde provienen las fibras naturales que utilizan los artesanos del territorio. Recuerda con amor que su tatarabuelo hacía cucharas de palo, como es tradicional en Duitama. Aprendió a trabajar las fibras naturales desde los 10 años. Le preocupa que las personas portadoras de estos saberes son, en su mayoría, adultos mayores y que no se estén renovando las generaciones interesadas en mantener el oficio.



3. Duitama

Ana Luz Mery Castiblanco Becerra

Territorio: Duitama, Juan Grande.
Fibras: gaita, mimbre, chusque, fique.

Ana aprendió a hacer canastos a los seis años, gracias a las enseñanzas de un señor artesano. Recuerda con mucho cariño que con los primeros canastos que vendió se compró unos zapatos azules. Cree que la llegada del plástico fue lo que más afectó esta tradición y que, por eso, es necesario volver a usar los canastos para disminuir la contaminación. Además de ser su sustento, tejer es su descanso y su terapia. También sabe pintar y bordar, por lo que es una tallerista de manualidades.



4. Ráquira

Blanca Nubia Sierra

Territorio: vereda Resguardo Oriente, aledaña al Páramo de La Huina y El Rabanal.
Fibras: esparto, hiche, cuan, paja.

Blanca Nubia lleva en sus manos el “oficio del colador”, como llaman en su territorio a la cestería. Elabora coladores, paneras, uchuvos e individuales. Alterna su trabajo artesanal con su labor como vigía del patrimonio, gestora cultural y lideresa campesina, coordinando la Zona Centro de ANUC Nacional. Se llena de esperanza cada vez que ve a niños y niñas tejiendo en sus talleres, donde transmite el mensaje de no olvidar las raíces.



5. Ramiriquí

Celia María Soler

Territorio: Ramiriquí–Zetaquira.
Fibras: fique, gaita, chusque.

Nació en Zetaquira, donde aprendió los caminos del páramo y el oficio de canastear. La maestra Celia es reconocida a nivel nacional porque, junto a su esposo, ha hecho de la familia Soler Rivera un referente en la tejeduría en fique y gaita, gracias al ingenio con el que diseñaron diversas máquinas para trabajar el fique. Lleva en sus manos la herencia de la cestería; con sabiduría y sonrisa transmite el amor por este oficio, presente en su vida y en su empresa: Natural Fique.

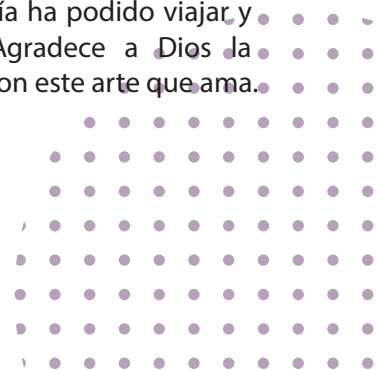


5. Ramiriquí

Florinda Mendoza Rincón

Territorio: Ramiriquí.
Fibras: gaita y fique.

Las raíces de Florinda están en la vereda Guayabal, de donde obtiene la gaita que trabaja en su casa taller en el casco urbano. Aprendió a hacer canastos de su mamá. Elabora petacas para ropa, cunitas de bebé e individuales. Gracias a la artesanía ha podido viajar y comercializar sus creaciones. Agradece a Dios la oportunidad de ganarse la vida con este arte que ama.





5. Ramiriquí

Florinda Moreno Millán

Territorio: vereda Escobal, aledaña al Páramo de Mamapacha y Bijagual.

Fibras: gaita, chusque, paja blanca, fique y bejucos.

Florinda y sus hermanas —María del Tránsito y María de los Ángeles— llevan la tradición de su madre y de un territorio que, entre Jenesano y Ramiriquí, ha transmitido por generaciones el legado del hacer canastos. Sabe que su trabajo mantiene viva la artesanía y contribuye a cuidar el planeta y “la tierrita” que surte lo necesario para vivir.



5. Ramiriquí

María del Tránsito Moreno Millán

Territorio: vereda Escobal, aledaña al Páramo de Mamapacha y Bijagual.

Fibras: gaita, chusque, paja blanca, ignea.

María heredó el saber de su familia. Aprendió mirando a su mamá. Le gusta hacer canastos, jarrones y guchuvos, inspirándose en diseños que observa. Considera que con el tiempo han mejorado las técnicas y que ahora los canastos tienen nuevos usos, incluso decorativos. Cree que esta tradición no debe perderse, que es posible salir adelante con los canastos y trascender en la historia.



6. Tibaná

Magdalena Aponte Gutiérrez

Territorio: aledaña al Páramo de Mamapacha y Bijagual.

Fibras: fique, paja blanca, gaita, chusque.

Ganadora de la Medalla a la Maestría Artesanal “Maestra de Maestros” otorgada por Artesanías de Colombia, el Premio Vida y Obra de la Gobernación de Boyacá y el Premio Trayectorias del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Su legado representa décadas de dedicación al arte de la cestería tradicional. Su mayor satisfacción es la de poder compartir su conocimiento, no solo sobre la cestería sino, sobre el cuidado y amor al páramo.



7. San Eduardo

Rosa Acevedo de Martínez

Territorio: vereda La Libertad, cerca al páramo y la peña La Viola.

Fibras: gaita, bejuco, chin.

Rosa recuerda que su papá sabía hacer canastos, pero quien le enseñó fue su tía. En su memoria guarda las historias de la vida rural, que antes se elaboraban canastos muy grandes llamados “graneros”, para guardar la cosecha de frijol, maíz y habas durante el invierno. Actualmente hace canastos para lavar café, manijeros, canastos de ropa y hueveros. Le gusta que ahora existe más creatividad y reconocimiento hacia los artesanos.



7. San Eduardo

Mirta Martínez

Territorio: San Eduardo.

Fibras: bejuco, gaita y gaque.

Rosa agradece que fue su mamá quien le enseñó el oficio. Realiza diferentes tipos de canastos, pero le gusta mucho hacer fruteros con tapa y “pática”. Ha transmitido su legado a sus hijos y siente que es necesario seguir realizando encuentros que permitan el reconocimiento del oficio e inspiren a los jóvenes a aprender. Le gusta enseñar y siempre está disponible para quienes quieran iniciarse.



8. Campohermoso

María Reina Martínez Forero

Territorio: Campohermoso, vereda Los Cedros, aledaño al Páramo de Mamapacha y Bijagual.

Fibras: chusque, vijao, distintas clases de bejuco y bambú.

Aprendió desde pequeña por enseñanza de su mamá, pero fue en la pandemia cuando comenzó a explorar de manera más profunda su creatividad. Sus trabajos se caracterizan por el uso de diversas fibras que ella misma descubre en la cotidianidad de su vereda. Considera que ahora las obras pequeñas se venden mejor. Ha participado en diversas ferias y piensa que el mejor reconocimiento para un artesano es que le compren sus productos.



9. Pesca

Dora Alicia Joya de Zorro

Territorio: aledaño al Páramo de Tota

Fibras: bambú y bejuco.

Dora recolecta trabaja con bambú y bejuco que recoge a orillas de la quebrada. Vive en los límites de la vereda la Esperanza de Zetaquirá. Aprendió el oficio observando a su mamá, quien hacía canastos para la casa y por encargo. Se siente muy orgullosa porque le comercializan sus productos en Ráquira. Considera que la tradición artesanal sigue viva y que, mientras se enseñe, no se perderá.



10. Rondón

María Leonor Carlos Leguizamón

Territorio: vereda Ricaurte.

Fibras: bejuco y gaita.

Leonor aprendió mirando a su abuelita. Elabora manijeros, guchuvos, jarrones, hueveros y bolsos. Considera que actualmente se valora mucho más al artesano. Agradece que gracias a este oficio “sale la plástica” para el vestido, el estudio de los hijos y la comida.



10. Rondón

Gloria Cecilia Orduña Zorro

Territorio: vereda Ricaurte.

Fibras: calceta de plátano, fique, lana, gaita.

Gloria aprendió a canastear a los 20 años, guiada por una vecina. Ahora sabe hacer guchuvos, bolsos, manijeros, cuarterones y petacas. Cree que el oficio no se acabará mientras haya alguien dispuesto a aprender. Gracias a este trabajo ha tenido ingresos para su familia y enseña con gusto a quienes quieren aprender.



11. Miraflores

Edilson Suárez Ramírez

Territorio: Miraflores

Fibras: bambú, chusque, guadua.

Edilson es autodidacta: aprendió técnicas de cestería viendo videos, así empezó a crear sus primeras obras. Le llena de felicidad ver una pieza bien terminada y recibir reconocimiento de su familia y clientes. Elabora sillas, mesas, muebles y vitrinas, combinando el tejido con otros materiales. Alterna esta labor con la mecánica y siente que la tradición está retomando fuerza, pues cada vez somos más conscientes de la necesidad de usar materiales biodegradables.



12. Zetaquira

María Rosa Sánchez

Territorio: vereda Guanatá, aledaña al Páramo de Mamapacha y Bijagual.

Fibras: gaita, chusque, bejuco.

La señora Rosita es tejedora y narradora de historias: en cada pieza late su infancia en La Colorada, su fuerza de vida y el amor profundo por su hogar y comunidad. Con alegría y fortaleza se ha convertido en un emblema de Zetaquira y la cultura boyacense. Aunque reconoce la dificultad de atraer a nuevas generaciones, celebra cada vez que un niño o niña termina un canasto en sus talleres.



12. Zetaquira

Graciolina Soler Alarcón

Territorio: vereda Guanatá, sector La Colorada.

Fibras: gaita y bejuco.

Graciolina aprendió a canastear de su mamá, quien además comercializaba sus canastos en la plaza de mercado. Desde pequeña ganó dinero vendiendo sus piezas. Le gusta elaborar canastos grandes, como los usados para lavar papa. Considera que el oficio ha cambiado para bien, gracias a la mejora en la comercialización. Cree en el futuro de la cestería, especialmente gracias a eventos como este, que fortalecen el reconocimiento.



12. Zetaquira

Blanca Susana Bohórquez Páez

Territorio: vereda Guanatá, sector La Colorada.
Fibras: bejuco y gaita.

Blanca recolecta directamente del páramo la gaita que utiliza. Aprendió por inspiración propia y observando a otras artesanas. Sabe hacer coladores, cuarterones y manijeros. Sus hijas reciben de ella todas sus enseñanzas. Reconoce que la necesidad impulsa a iniciar en el oficio y celebra que ahora la tradición tenga mayor valoración.



12. Zetaquira

Hernestina Castelblanco Galindo

Territorio: vereda Guanatá, sector el portachuelo
Fibras: bejuco, gaita y bambú

Ha dedicado su vida a la artesanía, un saber aprendido en casa gracias a su hermana mayor. Vive en la vereda Guanatá, rodeada de montañas, café y paisajes que valora profundamente. Continúa con pasión, innovando y defendiendo un oficio que considera una bendición. Hace parte de la Asociación Cultural Ecozetaquira y ha participado en diversas ferias; es una de las intérpretes del Museo Vivo de la Gaita.



12. Zetaquira

María Eugenia Rosas Caro

Territorio: vGuanata sector El Plan
Fibras: bejuco y gaita.

Aprendió de su madre los secretos de la cestería, convirtiendo este oficio en su sustento y pasión. Sus canastos, reconocidos en la región, llevan su sello personal: colores vivos, detalles delicados y una belleza serena. Sus piezas reflejan su amor por el territorio y la fuerza con la que ha construido su camino. Hace parte de la Asociación Cultural Ecozetaquira y del Museo Vivo de la Gaita.



12. Zetaquira

María Esther Castelblanco Cruz

Territorio: Guanata sector Portachuelo
Fibras: bejuco y gaita.

Vive en la vereda Guanatá, donde ha tejido su vida entre el café, la tradición y la creatividad. Aprendió de manera autodidacta, observando a sus vecinas y perfeccionando su técnica con paciencia y amor. Para ella, la cestería es un refugio donde se siente tranquila. Hace parte de la Asociación Cultural Ecozetaquira, participa en ferias y es intérprete del Museo Vivo de la Gaita.



12. Zetaquirá

Sara María Salinas Vallecillas

Tiene 9 años y es nieta de la artesana María Esther Castelblanco Cruz. Vive en la vereda Guanatá y está aprendiendo el arte de canastear con su abuelita. Aunque aún no le quedan los canastos perfectos, sigue practicando y perfeccionando su técnica. Se siente muy feliz por el reconocimiento que recibió en el evento por ser la artesana más joven, y espera muy pronto lograr hacer un canasto perfecto para poder venderlo



12. Zetaquirá

María Adelaida Ibáñez

Territorio: Zetaquirá, vereda Guanatá, aledaño al Paramo de Mamapacha y Bijagual

La señora Adelaida ha dedicado toda su vida a hacer canastos. Es una referente local, especialmente en la elaboración de canastos para la cosecha del café, los cuales llevaba a vender a la plaza de Miraflores. Su especialidad son los canastos grandes, siempre conservando el color natural de la gaita.

Se siente orgullosa de haber enseñado a su nieta a hacer canastos y de que ella este en la capacidad de venderlos. Espera que su legado continúe.



12. Zetaquirá

Esclavación Romero

Territorio: Zetaquirá, vereda Guanatá, aledaño al Paramo de Mamapacha y Bijagual
Fibras: Bejuco y gaita

Nació en el municipio de Ramiriquí, cerca a las veredas San Antonio y Chuscal. Sus padres trabajaron toda la vida con la gaita y conocían como nadie el páramo. Su madre era canastera y vendía sus canastos en Ramiriquí y Tibaná, regresando con el mercado gracias a su oficio.

Estos saberes le permitieron a Esclavación aprender a tejer y vender sus propios canastos como ingreso económico, con el cual sacó adelante a sus hijos. Para ella, hacer canastos es más que una actividad económica: es una forma de distracción, bienestar y tranquilidad.



12. Zetaquirá

José Tobías Moreno

Territorio: Zetaquirá, vereda Guanatá, aledaño al Paramo de Mamapacha y Bijagual
Fibras: Bejuco y gaita

Nació en el municipio de Jenesano, en una familia dedicada a la agricultura. Se inició en la cestería gracias a su esposa, Esclavación Romero. Ambos mantienen un profundo conocimiento sobre la gaita y el páramo, y trabajan por conservar los saberes necesarios para recolectar la fibra de manera sostenible. Son reconocidos como cuidadores del páramo y de la gaita, y su hogar es una de las estaciones de la Ruta Turística de la Gaita.



TALLER CESTERÍA AL PARQUE



TALLER DE CESTERÍA AL PARQUE

En el parque central de Zetaquirá se creó un espacio abierto para que niños y niñas pudieran aprender, crear y disfrutar del oficio artesanal, compartiendo con maestras y maestros de la cestería en un ambiente de encuentro y aprendizaje colectivo.

Cerca de 150 estudiantes de la Institución Educativa San José de la Florida, así como funcionarios de la alcaldía participaron en esta actividad, que fue posible gracias al apoyo de la Alcaldía Municipal de Zetaquirá y de la Biblioteca Pública Municipal Beatriz Quevedo Patarroyo, en el marco de su aniversario.





MENTORÍAS Y CLASES MAGISTRALES

MAESTRAS ARTESANAS INVITADAS:



MAGDALENA APONTE GUTIÉRREZ

Cestería en paja blanca y fique
TIBANÁ



PIA DEL CARMEN GONZÁLEZ GARCÍA

Cestería en rollo
GUACAMAYAS

ANFITRIONA:



BLANCA NUBIA SIERRA SILVA

Cestería en esparto
RAQUIRÁ



MARÍA ROSA SÁNCHEZ

Cestería en gaita
ZETAQUIRA



Se realizó la presentación de cada una de las mentoras, quienes compartieron sus conocimientos con las aprendices, artesanas y artesanos participantes. Las técnicas centrales trabajadas durante el encuentro fueron la cestería en rollo —utilizando fique natural y tinturado— y la cestería en esparto. Para muchas de las personas participantes, estos materiales y técnicas representaron aprendizajes nuevos y una oportunidad de ampliar sus saberes.





CONVERSATORIO CON MAESTRAS ARTESANAS



CONVERSATORIO CON MAESTRAS ARTESANAS

Diálogo abierto sobre los conocimientos, procesos y futuro de la tradición artesanal boyacense, en el que se abordaron los retos y oportunidades para la transmisión de saberes y la sostenibilidad del oficio de la cestería.

A continuación, se presenta la transcripción literal de la conversación, a la cual solo se le realizaron pequeños ajustes gramaticales para facilitar su lectura. Se conserva la voz original porque cada palabra de estas mujeres artesanas está cargada de sabiduría: hablan de su vida, de su territorio, de sus luchas y de sus sueños.

Estos relatos constituyen una fuente invaluable de conocimiento que permite comprender con mayor profundidad los matices del mundo artesanal, un mundo que con frecuencia se homogeniza o se precariza en los discursos institucionales. Al escuchar sus voces, emergen visiones de mundo, formas de relación con el territorio y reflexiones que difícilmente aparecen en otros espacios, pero que son esenciales para entender la complejidad y riqueza de estas prácticas.

Natty Barajas:

¿Desde su experiencia en la cestería, cómo han visto la evolución con los años?

Blanca Nubia Sierra Silva:

Para mí la cestería en esparto siento que ha tenido un camino, porque inicialmente lo que cuentan nuestros antepasados es que ellos comenzaron con el colador y la cerda, y que ellos en sus labores diarias como oficio hacían esas piezas y que con eso compraban tierra, alimentaban su familia. Entonces esto viene de cien por ciento como una economía propia para los artesanos campesinos de mi región. Pero también siento que ha tenido resistencias, que se ha mantenido, porque yo llevo la cuarta generación, de lo que conozco más o menos de la historia de mi familia, y ahí todavía está, ¿cierto?

Y que ha comenzado a abrirse como desde el año 56 su transformación, también de acuerdo pues a las

necesidades de la vida, de ella cómo va, no sé si evolucionando o “des-evolucionando”, pero pues sí han cambiado. Los coladores se han convertido en otros canastos, se han convertido en tapices, en lámparas, con la idea de llegar a otros espacios y también de mejorar la calidad de vida en quienes habitamos y tenemos esta tradición.

Entonces, yo digo que es ese encuentro de lo tradicional con el arte. Ahorita se ha venido mezclando con el arte y con la llegada del Ministerio de Cultura y todas estas cosas que se han venido trabajando dentro de la política pública. También podemos hablar de patrimonio: esto que estamos haciendo hace parte del patrimonio de nuestro pueblo, en este caso de Boyacá.


Entonces siento que ha evolucionado de esa manera y que esto que estamos haciendo —intercambiar— hace que no se pierda, sino que se continúe, que se mezclen estas técnicas, estas fibras, estos conocimientos y que sigamos construyendo una historia. Porque yo siento que en cada fibra, independientemente de la que tengamos, detrás de esa fibra hay una historia y es la que da vida a cada uno de nuestros canastos.

Pia del Carmen González García:

Dentro de toda mi trayectoria, en la que esta artesanía se ha convertido en tradición —o sea tradición y traición—, en la que el papá le enseña a los hijos, los hijos a otro hijo... yo por lo menos ya tengo la tercera generación porque tengo a mis hijas, tengo a mis nietos y ya los bisnietos, y prácticamente ellos llevan la tradición.

Ha habido mucha evolución desde nuestros ancestros que fueron los Laches allá en Gutiérrez. Ellos trabajaban los pesos para pesar productos, los canastos para el pan y las cotizas. En esa época mis padres las hacían: mi mamá la capellada y mi papá la suela. Yo no me incliné por la cotiza porque tiene mucho trabajo y no recompensa; al mercado pues no es mucho lo que deja en la parte económica.

Entonces me encaminé por la cestería en rollo; aprendí de una hermana mayor y seguí esta técnica porque a mí me dio más la base del dinero del producto para venderlo.



Una cotiza no vale tanto, ¿y cuánto tengo que trabajar? No, eso no es para mí. Y ahí fue cuando yo inicié y me quedé con la cestería.

Al principio se hacía todos esos productos con el fique blanco. Entonces ahí Artesanías de Colombia nos dio capacitaciones y el SENA. Aparte, últimamente yo ya pertenezco a las redes; desde el año 2010 hago parte de la unidad de la red de turismo Convite. Entonces ya ahí sí hubo mucho más valor del producto: prácticamente ya empezamos con los talleres, y ya, prácticamente, vendemos nuestro producto mucho mejor.

Al principio, en Villa de Leyva un señor me dijo: “Usted está regalando su producto, usted no valora su trabajo”. Era un español. Me pasó cuando yo fui a llevar mi producto.

De esos inicios surgió la asociación. Arranqué con la cooperativa; de la cooperativa me fui; trabajé con la asociación; ahora hago parte de la unidad productiva.

La evolución... pues Artesanías de Colombia nos ayudó con una parte para el colorido y también llegó el SENA. El SENA nos ayudó a diseñar y que ya el producto tuviera otra forma. Ahora ya el cliente es el que nos dice: “Bueno, queremos un producto novedoso, lo queremos de esta forma”. Mandan una foto y de ahí nos ponemos a diseñar.

Por ejemplo: nos mandaron a hacer los fruteros, ya no como el tradicional —que era más angostico, con una sola vuelta—; ahora los quieren así.

Entonces la experiencia de todos estos años que lleva la tradición ha sido maravillosa. En mi pueblo trabajamos 400 artesanos, y entonces pues ahí es donde yo le veo la fortaleza que tenemos ahora en el mercado.

En el mercado es tradicional que haya la cooperativa, la asociación, un independiente, y prácticamente ya no damos abasto para trabajar. A nosotros nos toca trasnochar, porque si nos llega un pedido, por lo menos digamos 500 individuales, nos toca dividirnos entre toda la cantidad de artesanos para trabajarlos.

En estas épocas estamos luchando porque tenemos un pedido impresionante. Tenemos lo que es temporada

alta: inicia desde agosto a febrero. Lo otro es lo que decimos nosotros “tiempo muerto”, porque prácticamente ya nos toca esperar que lleguen los pedidos para trabajar sobre el pedido.

El producto no lo hace todo el mismo artesano. Yo me especializo, por lo menos, en centros de mesa, en fruteros, en sombreros... de acuerdo a la cantidad del producto, todos no podemos hacer.

Esto nos sucedió en la asociación: llegó un pedido —“quiero los individuales, los centros de mesa, un frutero, los portavasos”— pero que lo hiciera una sola persona. ¿Qué hizo esa sola persona? Un año duró para hacerlo. Sí, así fue. Y es que toca escoger las personas: unos hacen individuales, otros saben hacer centros de mesa, otros las tortilleras... bueno, cada producto se especializa en la persona para que quede bien hecho.

El artesano ya lo lleva a la cooperativa y de ahí surge la cadena de valor, porque allá la compran a un precio, en la feria tiene otro precio, en el exterior ya tiene otro precio. Eso es una cosa impresionante. Uno a veces se aterriza: empezando en el pueblo a uno le pagan \$30.000 a \$35.000; va uno a Bogotá y ya lo encuentra como en \$150.000 cada unidad. Es impresionante cómo el valor se dispara.

Entonces yo recomendaría que nos ayudaran para que nos dieran un mejor valor; en las cooperativas y la asociación, de lógico, se deja un porcentaje, pero no quizá todo lo que nosotros merecemos, al menos para mí, ya como por mi edad, quisiera asegurar algo para cuando yo ya no pueda trabajar: algo como una “pensioncita”.

(Interviene Magdalena Aponte)

A mí, por ejemplo, me dan \$500.000 cada dos meses; o sea, es como una pensión, que es una bendición para el alimento. Es por ser gestora cultural. Yo soy gestora cultural de artesanías, cultura y turismo hace cuatro años.

(Interviene Natty Barajas)

Hay un programa en cada municipio, en la alcaldía, para darle una pensión a los artesanos, a los artistas —no solo artesanos, a los artistas: los que pintan, los que esculpen, los que cantan—, todo lo que es arte. Pero eso es un programa que tiene cada alcaldía con el Ministerio de



Cultura o la Secretaría de Cultura.

Magdalena Aponte:

Yo soy artesana desde cuando era niña, antes de ir a la escuela. Era muy niña, seis años, cuando comencé a hacer la artesanía, porque mi mamá hacía artesanía, mis abuelas hacían artesanía... digamos, más de la trayectoria y la familia de más de 200 años atrás.

Entonces, de niña aprendí con mi mamá; ya mis abuelas no estaban. Aprendí con mi mamá, y había algo especial: mi mamá era una diseñadora, diríamos en la lengua moderna.

Mi mamá hacía cosas según la necesidad al utilizar la pieza. Y al hacer mi mamá esas piezas exclusivas —por ejemplo, una cosa era el colador de la cuajada, otra el canasto para llevar tres o cuatro cuajadas—. Mi mamá hizo el origen de las cunas alargadas, que ahorita en todas partes se consiguen, pero esas las comenzó a hacer mi mamá.

Entonces ahí nació también la enseñanza, porque si alguien le decía: "Ay, enséñeme a hacer ese modelo que hizo de canasto", entonces: "Aliste el material y Magdalena vaya y enseñe". Me decía qué día podía y yo iba y les enseñaba, y al enseñarles me daban una empanada, me daban cualquier cosa; eso era lo que yo ganaba con enseñar.

Entonces desde niña aprendí la enseñanza, aprendí que se podía compartir. Mi mamá era una persona que compartía mucho con la gente, fuera lo que fuera: enseñanza, aprendizaje, saberes. Ella nos enseñó a compartir, y siempre aprendí a compartir.

Y de esa manera también mucha gente acudió, y de esa manera es que después yo llegué a ser lo que soy. Ya no me da miedo ir a compartir con los demás, porque mucha gente dice: "No, es que a mí me da pena, es que me da miedo, es que no puedo hablar, es que no sé qué...". Yo aprendí desde niña ese compartir con las demás personas.

Y el canasto, en qué sería favorable hoy en día, es en la contaminación del plástico y en que el canasto lo

reemplaza. Cuando salió el plástico y toda la vida del canasto, se prefirió la bolsa porque era más fácil de llevar, era más... pero también tenía más fortaleza y podía llevar tres o cuatro cosas en diferentes tiempos.

En cambio, ahorita le echa una libra de carne y la otra sí la lleva en la mano, o se le cae por el camino. ¿Por qué? Porque como prohibieron el plástico, entonces le quitaron la fortaleza, y ahí hay más posibilidad o de comprar otra bolsa o de hacer el canasto y llevar el canasto. Yo, por ejemplo, podría comprarme una cartera de cuero bien bonita y todo eso, pero llevo mi mochila. Porque la mochila era otra cosa: si no era canasto era la mochila para llevar las papas, para llevar el maíz, para las otras cosas.

Entonces la persona iba con el canasto de su mercado y con su mochila también. Lo que era las papas, el grano, iba en la mochila; y lo que era la fruta, por ejemplo, cosas así de que se dañaban, iba en el canasto. De ahí aprendí que las dos cosas... y mi cartera se luce. Entonces yo, como lo que he sido de maestría y todas esas cosas compartidas, digo que lo que nosotros aprendimos, sea lo que sea, que sea en bien, podemos compartirlo con los demás. Porque nosotros no necesitamos llevarnos al cementerio cosas que allá no sirven para nada.


Entonces: lo que sepamos, compartámoslo. Hagámosle. A mí me enseñaron y lo aprendí, y hasta hoy, hasta este momento, me he sentido satisfecha para dar gracias.

María Rosa Sánchez:

Bueno, ya todos saben que yo también aprendí de niña, niña pequeñita. Y a mí sí se me presentó el grave problema de que yo vi a una vecina hacer los canastos, ¿no? Ella tejía muy rapidito —doy gracias a Dios, esa fue la herencia—, pero a mí se me presentaba el problema de que me tocaba aprender de ella.

Ella era una persona muy envidiosa... y bueno. Pero yo mirando aprendí. A mí nadie me dijo: "Hágalo aquí así".

Desde el principio, ella iba por su gaita y yo también quería ir, y decía: "Eso quedan las ultimitas". Y así pasaba. Las ponía en una mata de naranja por tenerlas cerquita de la casa. Vivía cerca de mi casa, por eso yo la veía tejer sus canastos.



Y cuando eso, iba a Miraflores con unos maletones de canastos y se hacía su buena plata. Y yo decía: “Si ella que es mas viejita, ¿si ella puede, por qué no yo?, ¿por qué yo no voy a poder?”

Yo sí le decía a mi madre que yo quería unas gaitas como esas, y eso a uno no le prestaban atención.

Entonces... ¿alguna de ustedes conoce una que se llama subia? Es cortosa, es peligrosa: subia, sabia, suelta por dentro. Eso es cortoso, eso es peligroso. Y yo empecé a hacer eso con esa mata —subia—.

Por eso digo que se me presentó mucho problema. Pero cuando uno quiere hacer las cosas, cuando uno tiene el interés de hacer las cosas —así le cueste—.

Y yo empecé a hacer canastos pequeños de subia. Para no exagerar, yo tendría ocho años. Me iba detrás de la señora: si ella fue por la gaita, yo me iba detrás al rastro de la gaita. Y empecé a robarle la gaita.

Y decía: “Espere, me voy a traer mi gaita”.

Y sí me quejo de que los padres de familia anteriormente no le ponían acento a los niños chiquitos. De verdad, muy duros de corazón. Yo hoy día me hubiera ido con la china a coger la gaita.

Bueno, allá pasé mis primeros sufrimientos.

Pero ya más grandecita hice canastos. Y el canasto, cuando eso, se le pone un medio, ¿no? Ustedes que saben canastear le ponemos el non.

Entonces ya superé lo primero que fue aprender. Y ahora voy a hacer un canasto y yo no sabía que faltaba ponerle ese, y eso lo velé como tres años tejiendo gaita y haciendo canastos, y yo no sabía eso. Y mi madre no fue capaz de... “me perdona mi madrecita que estoy hablando mal”, no me dijo “es que toca hacer así”.

Hasta que fue una vecina, la señora Adelaida: “Ay, mi hijita, eso es que hay que poner un pedacito aquí en medio”, y ella lo cortó, ella lo puso y ella me lo acabó de urdir.

Pero es que yo era pequeña, por eso yo sí les creo a las señoras que dicen que desde niñas. Yo era pequeña, yo no tenía por ahí un día y aprendí a hacer mis canastos y a llevarlos a Miraflores a vender.

La cestería, la gaita, sí, es una historia. Es una historia bien sufrida y bien merecida y bien aprovechada.

Yo sí les digo a mis compañeras artesanas que trabajan en gaita que hay que aprovechar mucho la gaita. La gaita es una bendición de Dios. Que Dios nos bendiga nuestro gaital, y que Dios nos bendiga nuestro canastear, Dios nos bendiga el camino por donde vamos a pasar.

Porque la gaita es como un regalo que Dios nos dio, porque ¿cuántas personas no comemos de la gaita?

Cuando yo empecé a hacer mis canastos, como dijo alguna compañera, no había lo de la bolsa. Por eso vendíamos mucho. Yo vendía mucho, yo aprendí.

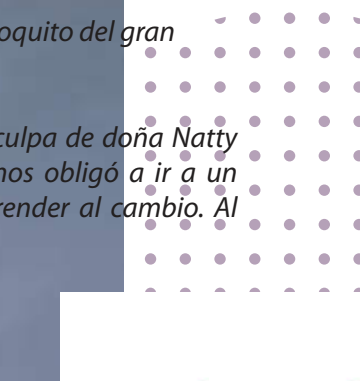
Doña Rosa salió del barrial con los canastos, salió del barrial. Ayudé a mi madre, empecé. Eso primero era como muy pobre el ambiente, como que no tenía esa porra para pensar, como que no salían del barro. Yo, gracias a Dios y a la virgencita linda, que me dieron licencia de hacer mis canastos y empecé a aportar en la casa.


Entonces llegó el otro problema. Llegó lo de las bolsas, lo de los cocos... ya no se vendieron las cuartillas, ya no se vendieron los coladores. Lo que sí nunca se ha dejado de vender es el cuarterón de lavar el café: ese sí no lo han podido reemplazar.

Pero el resto sí bajó mucho el mercado de los canastos. Pero lo que es manijero se vende bien.

Pasa ahora... pues ya pasemos un poquito del gran sufrimiento.

Ahora, por culpa de doña Natty —culpa de doña Natty que nos fundó esta asociación—, nos obligó a ir a un curso a Ramiriquí, nos obligó a aprender al cambio. Al cambio.





Y sí, claro que por mi persona me ha servido mucho. Porque como dice usted misma, se venden los manijeros a otro precio. Pobrecitas de nosotras que doña Natty nos tiene así: “Mire a ver si es que vende bien y deje de regalar su trabajo”. Eso nos toca es pero finitas, ¿oyó?

Pero así ha sido la historia de mi trabajo y de mis canastos y del cambio de mis canastos también. Gracias a ella, sí, lo digo con mucho orgullo: gracias a ella, con su asociación, nuestra querida asociación. Yo he mejorado mucho hasta en mi educación, de que yo pude salir, yo voy a Bogotá, voy a Tunja a vender mis canastos. Yo he mejorado mi camino artesanal gracias a la asociación.

Natty Barajas:

*De esta ronda, ¿qué vamos a concluir?
Que la evolución de la cestería ha sido positiva, ¿cierto?
Porque ha tomado valor: valor económico, valor patrimonial, valor cultural y oportunidades para todas, esta sería, yo creo, nuestra conclusión de ahorita.*

Nubia Sierra:

Yo creo que también algo que dijeron las dos últimas compañeras, en relación a ese sufrimiento para aprender... Somos muchos artesanos que estamos dispuestos a enseñar, ¿sí?, para dejar un legado. Creo que eso también es importante reconocerlo: que ya no es un secreto, lo que queremos es que no se acabe. Creo que eso también es importante decirlo.

Natty Barajas:

*Entonces la segunda pregunta es:
¿Qué les aconsejarían a nuestras artesanas que mañana van a estar en un concurso, en una competencia, en un reto? ¿Y qué le aconsejarían a las nuevas generaciones respecto a la cestería específicamente?*

María Rosa Sánchez:

Bueno, artesanas que trabajamos en gaita —yo me refiero porque yo trabajé en gaita—:

Primero, nosotras las artesanas que trabajamos en gaita

—y bueno, las otras también— tenemos que ser pasivas, tener paciencia y como calmaditas, porque el objetivo no es tanto lo rápido, sino la calidad. Por eso toca con paciencia, y que si la otra le rinde más, haga su santa voluntad.

Y a las nuevas generaciones: que aprendan, que aprendan a trabajar, que aprendan a cuidar la gaita, aprendan a cuidar el agua, aprendan a cuidar el medio ambiente.

Porque yo sí, sobrero quitado, defiendo el agua y la gaita. Para que haya gaita hay que tener cuidado del páramo, de la montaña. Y eso es culpa de los padres de familia; les toca enseñar a la juventud que tengan cuidado, que no hay que maltratar los árboles, que no hay que echar el mugre al agua.

Eso le aconsejo yo a las nuevas generaciones, a la juventud: que aprendan de verdad a hacer un canastico, que aprendan, que nosotras no nos morimos de hambre; las que canasteamos estamos bien. Jóvenes y niños: aprendan a hacer los canastos, aprendan un arte y que se vea la plata con el sudor de la frente; así es que Dios lo bendice.

Magdalena Aponte:

Al hacer una pieza no la vayamos a regalar por dos pesos, pero también miremos qué hacemos. Miremos la calidad, la prueba de calidad: que usted le pasó la mano y no se accidentó.

Pero si queda llena de chuzos, usted no tiene cara de pedir: “Eso vale \$12.000”, porque al que la va a comprar se le dañó el vestido, se le dañó esto.

Entonces la calidad es importante. No regalemos el producto a cualquier precio, pero sí miremos la calidad: que sea una calidad que usted pasó su prueba de inmunidad, analizando el canal.

Que quedó una espinita, que quedó un chuzito... pues cortémoslo con el cuchillo. Lo alisamos, lo pulimos con el cuchillo, y podamos pedir bien:

*"Ese vale 50 y vale 50".
"No, que le doy 45..."
"No. Vale 50."*

Sí. Nunca dar rebaja: ese es el peor error. Uno decir: "Bueno, sí señor, lléveselo". ¿Por qué? ¿Qué está demostrando uno? Que tiene mucha razón. Y si le ofrecieron 25 o 20, entonces a la próxima van y dan la vuelta y le ofrecen 15. Porque le vieron, como dicen a uno, "hambre". Entonces así uno lo diga en chiste, pero es que no hay que mostrar la necesidad.

Que sí: que yo tengo que vender... Muchas veces uno ha tenido que ir a vender un canasto para llevar la sal, para llevar el mercado. Yo sé. Yo he tenido esa misma necesidad, porque lo hicimos porque teníamos una necesidad.

Esa necesidad se da porque hay que llevar el mercado, la fruta, o bajarle para un cuadernito de estudiante.

Entonces si pidió 25 y le ofrecieron 20, no: ahora 30.

Tuve la experiencia el año pasado en Nuevo Colón: fui a enseñar con chusque. El chusque estaba cerquita al pueblo, en una quebradita. Fui a enseñar con chusque, y ya las estudiantes... había como 25 personas, 25 señoras que querían aprender a hacer los canastos.

Y bueno: eso lo raspamos, lo traemos de la montaña, lo hacemos de esta manera... y mire: la calidad es esta. Era un buen canasto. No vamos a pedirle rebaja porque ya sabemos cómo es el trabajo.

Porque para nadie es un secreto que la artesanía la hacíamos por necesidad. Aquí tengo a la señora que nos llevaba a la gaita y al señor que nos llevaba a la gaita. Y había mucho sufrimiento... los que iban al monte, con hambre, con sed, con todo. Y lleve la maleta de gaita.

La gaita que nosotros usamos cuando era niña era cuatro horas de recorrido. No era allí nomasito.

Pia del Carmen González:

Pues bueno, a las nuevas generaciones... que sigan

nuestro legado, como nosotros hemos llevado el legado de nuestros antepasados.

Que no se sientan... porque prácticamente nuestros hijos ya con todo estudio, que nosotros nunca... pero pues le damos gracias a nuestros padres, porque nuestros padres fueron unas personas que se la jugaban por todo, para darnos lo que nos dieron hoy.

El conocimiento, todo... y las manos fue lo que Dios nos dio: una sabiduría para trabajar.

Pero que sigan ese legado de nosotros, de la artesanía.

Porque hay unos niños que sí, otros no: "Yo no sirvo para eso... yo en mi conocimiento sigo mi carrera y mi artesanía es mucho trabajo...".

Entonces, pues les diría que cuiden todo. Porque, a pesar de tanto —digamos— la evolución... porque yo cuando antiguamente no había tantos veranos, no había tantos inviernos... el clima ya prácticamente se está también transformando a través de nosotros como seres humanos: de que destruimos, de que no cuidamos sino que destruimos.

Entonces hay que construir.

Y porque hay que recolectar por lo menos las basuras; hay que recolectarlas y llevarlas: ellas también tienen su ciclo de recolección y de manejo. Por lo menos las orgánicas son un abono para la misma tierra.

Y bueno: que seamos conformes en la parte comercial; que no vayamos a regalar nuestro trabajo, porque ya prácticamente ya sabemos todo lo que es.

Cuando me enseñaron, me dijeron: "Cuando usted rebaja el producto, inmediatamente le dicen que su producto es de mala calidad".

Entonces que trabajen con amor, porque la artesanía es un arte y una dedicación que uno va teniendo ahí su conocimiento. Y cuando son coloridos y de diseño, entonces ya prácticamente a uno le toca ser un diseñador, y el propio artesano es el que es el diseñador.



Blanca Nubia Sierra:

A los concursantes yo les recomendaría: no piensen en los jurados, porque no hay mejor jurado que el corazón de uno mismo. Uno sabe qué está haciendo y cómo lo está haciendo, ¿cierto? Porque sabemos qué es lo que estamos haciendo en ese momento.

Cuando estén cansados, descansen, paren, porque hay que cuidar la salud también.

Y algo que le aprendí a mi abuela y que lo hago siempre es respetar nuestras vidas, quererlas mucho, cuidarnos, cuidar el medio ambiente. Mi abuela decía que no es “medio”, sino completo, porque todos somos el ambiente: el agua, las montañas, la tierra, la comida, nosotros.

Y también esa gratitud por lo que Dios genera. Tenemos un oficio, ¿cierto?, que nos ayuda a suplir la necesidad. Tenemos los canastos y, gracias a ellos, calidad de vida.

Y agradecer, sobre todo, a los viejos, a quienes inventaron, crearon todas estas técnicas que traemos como nuestra forma de vida.

Que no nos veamos como competencia.

A los jóvenes les digo: que no les dé miedo aprender, pero que estudien, que vayan a la escuela, lejos, al colegio, a la universidad. Que se preparen, pero que no se olviden de sus raíces.

Y algo importante que le digo a mis hijos: que no olviden su raíz.

Natty Barajas:

Y ya para terminar, pensemos en nuestro futuro. Pensemos en el futuro de la cestería. ¿Cómo lo ven? ¿Cómo lo vislumbran?

María Rosa Sánchez:

Para eso sí hace falta decirles que el futuro de la cestería... que ya estamos viejos los que canasteamos, los que quedamos... se necesita ponerle un poquito más de cuidado a los jóvenes y niños, para que aprendan, que aprendan y aprendan siempre.

Por eso sí felicito a los niños.

A mí si me dicen: “Vaya haga un taller en un colegio, vaya haga un taller”... a gracias a Dios yo voy.

Pero yo veo: si presentan 15 niños, yo conozco inmediatamente cuántos niños tienen la vocación de aprender. Yo las veo a ustedes; ya sé cuál me está poniendo atención y cuál no.

Entonces, que no ponga atención es porque no le interesa. Así son los niños. Entonces de 15 niños habrá cuatro niños que sí les interesa.

Yo me doy cuenta en los colegios, porque yo voy.

Y nos han llevado a las universidades también a dictar nuestras clases, y eso con el celular, con la amiga echando cuentos y lo que yo les estoy enseñando... “Don Gabriel eso decía...” porque les dice: “Pongan aceite”. Yo les digo: “Pongan aceite”. Yo no estoy allá gratis: a mí me llaman de las universidades, de un colegio... a ellos les cuesta mucho mandar carro, pagar la alimentación y pagar cosas. No están así para que ellos no pongan atención.


Y en eso sí yo soy muy... ¿cómo le digo? Yo no veo futuro en la juventud para que aprendan un arte.

Hoy día... por eso digo: habrá entre 15 niños, habrá tres.

Hicimos un taller en Miraflores, que es donde más me ha gustado, y allá sí se presentaron tres niños que hicieron su canasto. Llegaron en la mañana, fueron a almorzar, regresaron e hicieron su canasto. Eso sí me da mucha tristeza.

Y también con los adultos. A mí me dieron para hacer unos talleres en la casa. Yo hice unos talleres que la asociación me pagó, y la clase era de 1 de la tarde a 5 de la tarde.

Y bueno, algunos —algunos, estoy diciendo algunos— rasparon su gaita, hicieron su canasto, pero a otras señoras no les entró ni “un tris”. Les ayudaron y lo hicieron a las buenas o a las malas, porque los pusimos a hacer el canasto de mercado.



Pero yo veo desinterés. El desinterés de la gente aprendiendo, especialmente de la juventud y de los adultos también.

No son de buen interés para que aprendan.

Bueno, señora Natty, ¿hace cuánto que estamos haciendo los talleres? Y no, yo no veo ninguna señora que termine su canasto, que diga: “Mire, señora Rosa, aquí está el canasto”.

Eso le cuesta al que lo pone a hacer: les cuesta su plata, les cuesta... y a mí me cuesta mi tiempo. Y si el alumno no aprende, dirán que el maestro no enseñó. ¿y qué culpa tiene uno si no le pone interés?

En este taller ya ahorita pasó que una niña y un niño de Guanatá hicieron su canasto y eso me dió mucha alegría me gustaria que siempre fuera así.

Pia del Carmen González:

Bueno, pues para mí es una —digámoslo hoy— una bonita experiencia que, como artesana, me llena de alegría que me digan “maestra artesana”. Porque yo prácticamente siempre he trabajado, y pues no quiero... o sea, digámoslo hasta el día de hoy, un reconocimiento... ojalá todos trabajemos, todos seamos, este, nuestra comunidad sea mejor dicho respaldada... se sienta con ese amor.

Porque prácticamente para mí el futuro es bueno. Y para mí eso es una bendición de Dios y una oportunidad que prácticamente nos ha dado para el sustento de nuestras familias.

Magdalena Aponte:

Bueno, para mí, en el futuro sí se ve la artesanía... o sea, no es que “se vea”, es que tenemos que dejar el legado.

Y todas y cada una de las que estamos aquí presentes tal vez tenemos una obligación: una obligación de tratar de compartir con los demás, de tratar de enseñar, que no sea —como dice la señora Rosita— que no sabía cómo poner el non... entonces sale, entonces que hay un error, que ese no lo puedo hacer, que ese niño no lo puedo hacer...

Hagámosle la ayuda, de manera que ese ser que está aprendiendo, al que vamos a dejar el legado, tenga ese compartir, tenga esa experiencia: “Bueno, me enseñó de esta manera, me corrigió esto y tal cosa”.

Entonces es una obligación, diría yo, en este momento, a todas las que estamos en esta reunión —de una u otra manera nos invitaron, estamos bien atendidas con todas las de la ley—: nuestro deber es enseñar, ante todo. Nuestro deber es enseñar y compartir.

Y tratar de meternos, así sea a la mala.

En Tibaná, a mí me eligieron para ser instructora del colegio, pero alguien no aceptó. No me pagaron nada, pero yo me metí allá a la mala en el colegio. Y la semana pasada hubo la certificación de que sí algo aprendieron, de que sí algo les enseñé.

De esta manera se cuida mucho.

Yo tengo un sendero. Mi territorio está a 5 km del pueblo. Mi mamá y mi papá nos dejaron una enseñanza: que ese monte, esa peña, no se tocaba. “Los animalitos tienen derecho a vivir como usted tiene derecho a vivir”.


Entonces eso de decir “usted tiene derecho igual que otro tiene derecho” es nuestra sabiduría, que tenemos la obligación de compartir.

Si la compartimos, si damos —no “que no porque me va a quitar la contrata, que me va a quitar...”— no. El mundo es tan grande, tan grande, que ojalá uno alcanzara a hacer canastos para las necesidades de los demás, pero no alcanzamos a hacerlo.

Uno más, un artesano que nazca del territorio haciendo las cosas, va a ver esa bendición de que se puede compartir.

Blanca Nubia Sierra:

Yo escuchando a las maestras y pensando en todo el trabajo que han ido haciendo a nivel nacional —que algo que se me olvidó decirles es que yo he venido representando a nivel nacional a las mujeres campesinas artesanas del departamento de Boyacá— y con el SENA



hemos venido trabajando sobre la profesionalización del campesino.

Y dentro de eso está la profesionalización de las mujeres campesinas artesanas de Colombia. Nace un programa que se llama Campesena y nace la certificación por competencias laborales para los campesinos.

Y dentro de eso yo me senté con los profesionales del SENA y muchos otros campesinos de otras organizaciones a trabajar sobre cómo sería esa capacitación de certificación de competencias laborales, cómo se deberían hacer.

He participado en muchos eventos donde muchas mujeres y hombres han recibido esa certificación, y es una forma que el SENA encontró de valorar el quehacer de cientos de hombres y mujeres colombianas.

Entonces, ¿cómo veo la artesanía? Más valorada.

Veo que sí hay una forma también... Les digo a mis maestros, que dicen que los jóvenes no quieren aprender... y es por aquello que yo me acuerdo que en mi territorio decían: "Salgan del barro, no se queden aquí, váyanse".

¿Cierto?

Ahora hay que cambiarles la táctica. Hay que decirles: "Prepárese, pero nunca se olvide de su raíz".

Y me ha funcionado: con videos, con talleres, con juegos hemos podido llegar —con mi taller— a una escuela campesina. Porque es ir a las escuelas, a los colegios y a las universidades para enseñarles nuestras técnicas, el trabajo de campo y cómo ir rompiendo ese tabú que existe, ¿sí?

Que los antepasados lo crearon, que todo el progreso estaba en la ciudad, ¿cierto?

No: el progreso también está en el campo. Y es donde nace el progreso. La vida está en el campo.

Entonces es algo que tenemos que crearnos nosotros: de lo que somos y de lo que hacemos, ¿cierto?

Y en cada municipio es importante que nos apersonemos de estas políticas que vienen —sí—: de arte popular, de

arte campesino y de patrimonio.

A hacer parte de los consejos de turismo municipales, de los consejos de cultura, de los consejos de desarrollo rural que son importantes, del consejo territorial de planeación, donde toman las decisiones que son importantes para nuestro pueblo.

Y si no hay dolientes de nuestra cadena artesanal, ¿quién nos va a defender en eso? Pues nos toca a nosotros mismos apersonarnos y sacar tiempito para ir y representarnos, ¿cierto?, en nuestro quehacer campesino, en la parte artesanal, agropecuaria y en todo lo que tenga que ver —en este caso— con la cestería.

Es importante esa parte. Entonces yo creo que es momento de juntarnos, de olvidarnos de todas esas diferencias que nos han metido en la cabeza: que si rico, que si pobre, que si gordo, que si flaco...

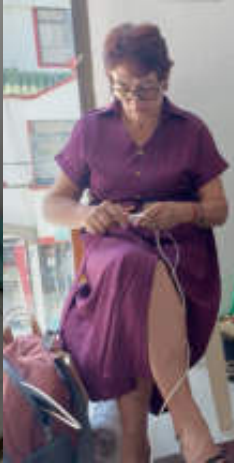
Hay que olvidarnos de todas esas cosas y valorar ese conocimiento que tenemos y caminar juntos, si realmente queremos un territorio en paz, tranquilo, seguro, donde todos quepamos en igualdad de condiciones —aunque es muy difícil hablar en sentido económico, aunque es muy difícil—, pero se puede ir logrando paso a paso.

Gracias.



A close-up photograph of a woman wearing a black hat and a white blouse with lace details. She has two braids with red ribbons. She is focused on weaving a basket from light-colored reeds. Her hands are visible, working on the intricate pattern of the basket. A large orange banner is overlaid across the middle of the image.

CONCURSO A LA MAESTRÍA ARTESANAL





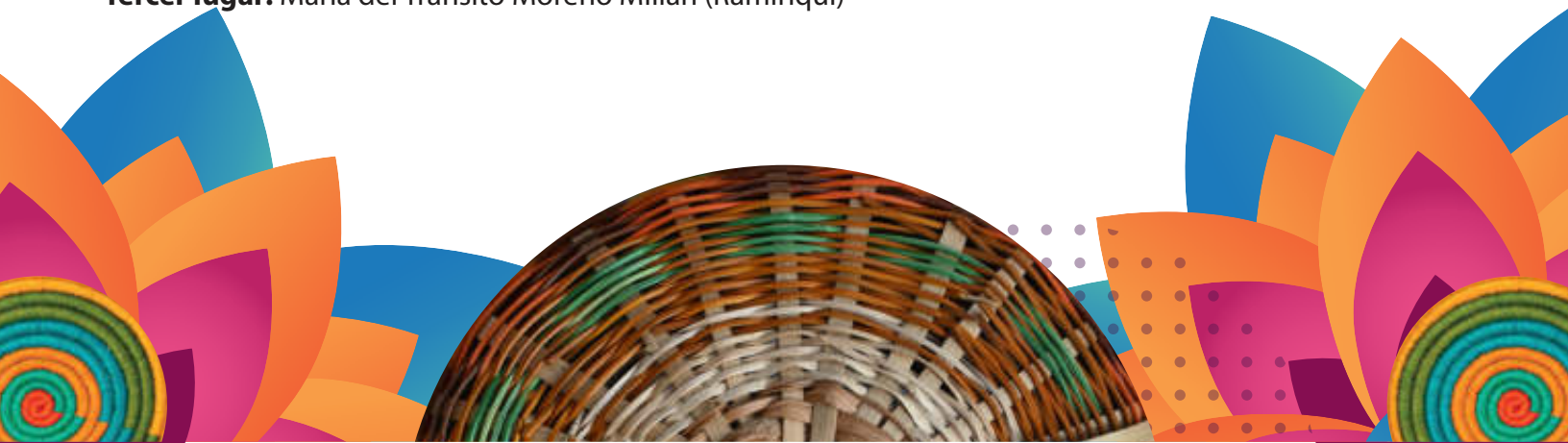
En la fotografía: Gestora Social Flor Nelly Arias; artesanas: María Eugenia Rosas Caro, Luz Mery Castiblanco Becerra, María del Tránsito Moreno Millán; alcalde municipal Jorge Ramírez Galindo y la representante legal de Ecozetaquira Joana Milena Arias Mendoza.

La selección de las artesanas ganadoras del Premio a la Maestría Artesanal 2025 se realizó a partir de un reto que consistió en la elaboración de un canasto manijero con medidas específicas. Aspectos como el tiempo de ejecución, la calidad, la precisión técnica y la innovación fueron algunos de los parámetros evaluados por las maestras artesanas invitadas: jurado del concurso, quienes determinaron así a las ganadoras.

Primer lugar: Ana Luz Mery Castiblanco Becerra (Duitama)

Segundo lugar: María Eugenia Rosas Caro (Zetaquira)

Tercer lugar: María del Tránsito Moreno Millán (Ramiriquí)





MUSEO VIVO ITINERANTE DE LA GAITA



RECORRIDO POR EL MUSEO VIVO ITINERANTE DE LA GAITA

En el marco del evento se realizó la presentación del Museo Vivo Itinerante de la Gaita, un recorrido interpretativo que narra la conexión entre los canastos, la biodiversidad y el territorio. Esta propuesta hace parte de las diez experiencias reconocidas a nivel nacional con el Premio a “Procesos de Economías Culturales, Populares y Comunitarias que Promueven el Uso Sostenible de la Biodiversidad”, otorgado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes en 2025.

Esta visita fue especialmente significativa, ya que es la primera vez que un grupo integrado exclusivamente por artesanas y artesanos realiza el recorrido. Encontrar resonancias entre las narrativas del museo y las propias historias de vida de las y los visitantes resultó profundamente emotivo.

Las personas intérpretes de las estaciones fueron:

El territorio: Carol Andrea Ruiz Barajas

Guanatá: Paula Milena Arias

El páramo: Juan Gabriel Concha Beltrán

La gaita: Marisol Barajas Bohórquez

Canastear: Esclavación Romero y José Tobías Moreno

Los canastos: Rosa María Sánchez

Quira: Natty Barajas Bogorquez



“Honro la cualidad de todas, de todos,
no solamente las que están aquí,
de quienes se quedaron en el campo,
de quienes no pudieron venir, las de aquí de
Zetaquirá y hasta del mundo entero,
cada uno tenemos una cualidad especial,
le agradezco a todas”

Celia María Soler, maestra artesana de Zetaquirá que vive en Ramiriquí





SABOR Y SABER PARA COMPARTIR

En coherencia con las políticas de sostenibilidad de la Asociación Cultural Ecozetaquira—que promueven evitar al máximo el uso de desechables plásticos y valorar la cocina local— el encuentro también se tejió alrededor de la alimentación.

Durante dos días compartimos sabores que resaltan lo mejor de nuestra tierrita: panela, chocolate, arepas, yucos, mazatico de arroz, café; un caldito de pata, un sancochito con hueso de cerdo, la tradicional sopa de dulce de guarapo y con cuajada y, por supuesto, el piquete lengupense: aguatilla, plátano, baluy, auyama, arroz, carne y un buen guiso de cuajada.

Cocineras: María Salamanca Arias y Silvia Victoria Espinosa Arias.

Este compartir gastronómico nos recuerda que la cultura se teje también en la mesa, en los sabores y en la memoria viva de nuestras cocineras.





REFLEXIONES FINALES

LA CESTERÍA ES UN PATRIMONIO VIVO

Es una práctica en movimiento que se transforma en cada territorio y que continúa dando sustento, identidad y sentido colectivo; no es un oficio del pasado.

EL TERRITORIO ES ORIGEN Y DESTINO.

Los páramos, montañas y riberas hacen parte del paisaje artesanal. Las artesanas y artesanos reconocen esta importancia: son guardianes de estos lugares, siempre ligados a ecosistemas estratégicos de Boyacá como los páramos y los humedales. Recuerdan la responsabilidad de cuidar el agua, la tierra y las plantas que hacen posible la vida, y con ella, las fibras que dan vida al oficio artesanal.

EL SABER SE HEREDA Y TAMBIÉN SE COMPARTE.

Hoy, las artesanas y artesanos hacen un llamado a enseñar sin egoísmo. La transmisión del conocimiento se asume como una misión común: que el legado no se pierda.

HAY UN CAMBIO EN LA VALORACIÓN DEL OFICIO.

Reconocen una evolución positiva en el valor cultural y económico de sus productos, y también insisten en la importancia de defender precios justos y condiciones laborales dignas.

EL FUTURO DEPENDE DE LAS NUEVAS GENERACIONES.


El mayor reto es motivar a niñas, niños y jóvenes a aprender, crear y continuar. La educación, la articulación institucional y los espacios comunitarios son fundamentales.

El mensaje es: "nunca olvidar la raíz."

LA CESTERÍA ES TAMBIÉN SOSTENIBILIDAD.

Ante el plástico y el deterioro ambiental, el canasto renace como alternativa: un símbolo de cuidado y un camino hacia economías locales y circulares





“Hagamos un compromiso colectivo:
integrar la cestería de manera más visible en nuestras vidas
cotidianas. Que cada hogar en Boyacá, tenga su canasto,
que lo llevemos siempre con orgullo a mercar”

Joana Milena Arias Mendoza, representante legal de Ecozetaquira





www.ecozetaquira.org | 321 3344860

Facebook and Instagram icons @ecozetaquira.boyaca
ZETAQUIRA - BOYACÁ

